

ENSAYO DE UNA MUERTE ANUNCIADA

La globalización nos ha hecho inútiles

ALEJANDRO SIERRA

En un mundo globalizado, la evolución nos ha impulsado, sobre todo a las generaciones más jóvenes, a depender demasiado de otras personas para llevar a cabo nuestra vida diaria, ya sean nuestros padres, nuestros hermanos, el repartidor, el dependiente, el señor de quiosco o la señora de la limpieza. Hemos cambiado nuestra cultura popular, forjada a lo largo de siglos, por una cultura global, un conglomerado de culturas que encajan a duras penas en esta sociedad, como esas piezas de un puzzle que entran en su sitio a la fuerza, sitio equivocado, por cierto, pero de eso no nos damos cuenta hasta acabar el juego, cuando vemos la chapuza que hemos creado. Por cierto, esa pieza que siempre se extravía es la cultura popular, y como no la encontremos (y aquí acaba la metáfora), se nos va a quedar un puzzle cojonudo.

Actualmente, lo queremos todo: Esos zapatos un poco subidos de precio, ese pelador de zanahorias que es imperativo comprar, o ese móvil de la manzanita, vitalicio para que los demás sepan lo feliz que eres. Sin embargo, el señor Cayo representa a todas esas personas, generalmente de la tercera edad, que se conforman con poco, por ejemplo, cuando dice que él se conforma con “que pare de llover y que apriete la calor”.

El señor Cayo es un hombre que, a sus 83 años, sabe valerse por sí mismo y es más autosuficiente que los tres jóvenes que van a pedirle el voto. Él sabe hacer una gran cantidad de cosas, cosas que despiertan la sorpresa y admiración de sus visitantes, llama la atención de forma especial el episodio de las abejas o el siguiente párrafo, en el que el señor Cayo ofrece a los jóvenes militantes algo de comer:

“Regresó el señor Cayo con su mujer. Ella traía un plato de barro con rajas de chorizo y trozos de queso y, en la otra mano, apretadas contra el pecho, media docena de rosquillas de palo. (...) Víctor cogió un pedazo de queso y bebió un trago de vino. Dijo luego:

-Apuesto a que este queso lo ha hecho usted.

-Natural, ahí tiene el entremijo -señalaba una mesita, en el rincón, junto a la cómoda.

-Y el chorizo, también.-A ver, ya ve. ¿Qué misterio tiene eso? Y los roscos, ella.”¹

¹ Miguel Delibes, “*El disputado voto del señor Cayo*”, página 135

En este pequeño fragmento podemos apreciar con claridad cómo a Víctor le parece sorprendente que esa comida la haya hecho el anciano, algo que el anciano ve con total naturalidad, llegando incluso a decir que no tiene misterio alguno. Cosas que el anciano ve con normalidad a los visitantes les parece algo extraño y viceversa. Debido a esto, los jóvenes se quedan en el pueblo, sobre todo por sugerencia de Víctor, que quiere aprender y observar toda esa cultura y sabiduría que, por unas razones y otras no ha experimentado ni ha mostrado interés por ellas hasta ahora. Eso sí, es una curiosidad sincera, que no está motivada por el afán “recaudatorio de votos” que es propio en épocas de elecciones.

Un bonito concepto para incluir en este ensayo es el de *sabiduría popular*, que Álvaro Montenegro define de la siguiente manera en un artículo del periódico El Tiempo: “La sabiduría popular es la colección de dichos, enseñanzas, recetas y remedios, que nacen de la experiencia repetida de las personas y se transmiten de generación en generación, formando parte de la memoria de los pueblos.” Esta sabiduría es de todos nosotros. Sin embargo, y como decía José Luis Borges “Sólo aquello que se ha ido es lo que nos pertenece”. El preludio de un hundimiento, ¿No les parece?

Es esa sabiduría popular la que nos muestra en el libro, y para la que emplea recursos como palabras y frases hechas propias de las zonas rurales de la época, que poco difieren con respecto a la actualidad, y de la que los jóvenes militantes e, incluso nosotros como lectores, nos sorprendemos de todas esas cosas y, sin ir más lejos, he aquí otro ejemplo, el de la flor del sauco, ejemplo que se repetirá en la parte final de la obra, cuando Víctor expone a Dani esa cultura en peligro de extinción que es la de los pueblos.

-“¿Qué flor es esta?- preguntó, y la hacía girar por el tallo, entre los dedos.

El señor Cayo la miró fugazmente:

-El sauco, es la flor del sauco. Con el agua de cocer esas flores, sanan las pupas de los ojos”²

La mejor forma de resumir la autosuficiencia del buen anciano en una frase, una simple frase, seleccionada de todas las que puedan llenar las 192 páginas de las que se compone el libro, sería la siguiente: “Increíble, Dani. Él es como Dios, sabe hacerlo todo, así de fácil”.

Las nuevas generaciones, y esto es algo progresivo, hemos dejado de aprender esas cosas, como por ejemplo la comida. No hay más que fijarse en esos ya típicos tupperes llenos hasta los topes de croquetas, tortilla de patata, filetes

² Miguel Delibes, “*El disputado voto del señor Cayo*”, página 88

empanados, o paella para abastecer a un regimiento, comida cocinada con amor y esmero por las madres de esos ajetreados universitarios, que están en primero de carrera pero, a la hora de cenar, no saben hacer la o con un canuto. Aunque también es cierto que los jóvenes actuales sabemos manejar todo tipo de aparatos tecnológicos, no necesitamos aprender a cocinar, con los servicios actuales de mensajería y la globalización podemos vivir sin apenas movernos, podríamos decir que el mundo nos ha hecho vagos. No necesitamos tampoco la cultura popular, aunque en realidad la cultura no se necesita de manera estricta para vivir, pero está ahí, como sinónimo de la evolución y del progreso, para recordarnos que formamos parte de algo más grande que lo que vemos, la cultura es algo que viene del pasado y, evidentemente, no es mala debido a eso, aunque ciertos iluminados (que siempre hay alguno suelto por donde no debe) se empeñen en afirmar lo contrario.

En relación a esto, recuerdo una historia, de hace muchos años, cuando pusieron la primera televisión a color en una céntrica tienda de electrónica de Salamanca, Andrés Hernández se llamaba, y uso el tiempo pasado porque hace lustros que dicho comercio ya no existe, fue testigo de una época, de aquella época en la que Delibes escribió el libro que nos concierne. Mi madre me contaba que decenas de personas se arremolinaban en torno al escaparate, observando embelesados ese aparato que hoy nos parece de lo más común, pero que entonces significó una importante evolución de ese método de entretenimiento que es el televisor. Pues bien, relato esta pequeña anécdota para decir que el señor Cayo tampoco necesitaba televisión, ni siquiera radio; y cuando le preguntaron si no tenía televisor ni transistor para informarse de las noticias él afirma *“Tampoco, no señor, ¿para qué?”*

La vida del señor Cayo, autosuficiente, como ya he dicho, y que no requiere de ningún otro entretenimiento que no sea el trabajo, concretamente su huerta, que es la que le hace salir de casa y le anima a vivir una vida solitaria en un pueblo en el que sólo hay un vecino y, para colmo de males, ambos se llevan (y ya que estamos en este ambiente rural me permitiré usar una bonita frase hecha) como el perro y el gato.

Un fragmento del libro que me ha llamado bastante la atención se encuentra al final de la lectura, cuando Víctor le expone a Dani todo lo que han visto en Cureña, y como esto ha cambiado su percepción, su forma de ver las cosas; demuestra la autosuficiencia del anciano. Dice así:

“-Un momento - añadió Víctor -, aún no he terminado - levantó las dos manos, pausadamente, sobre la mesa -: Una hipótesis, Dani, todo lo absurda que tú quieras, pero una hipótesis. Imagina, por un momento, que un día los dichosos americanos aciertan con una bomba como ésa que mata pero no destruye, ¿no? Bueno, es una hipótesis, una bomba

que matara a todo dios menos al señor Cayo y a mí, ¿te das cuenta? Es una hipótesis absurda, ya lo sé, pero funciona, Dani. Pues bien, yo tendría que ir a Cureña, arrodillarme ante el señor Cayo y suplicarle que me diera de comer, ¿comprendes? - Casi sollozaba -: El señor Cayo podría vivir sin Víctor, pero Víctor no podría vivir sin el señor Cayo. Entonces, ¿en virtud de qué razones le pido yo el voto a un tipo así, Dani, me lo quieres decir?

Los ojos de Víctor seguían brillando de una manera especial. Al concluir su discurso se desplomó en el sillón, la mano derecha abierta sobre el pecho, como si se sintiera agotado por el esfuerzo.”³

Este fragmento es la culminación de la novela, de unos jóvenes que fueron a pedirle el voto a un anciano de un pueblo perdido y deshabitado de Castilla, al principio de todo incluso despreciándole y diciendo que sería fácil convencerle de que voten a su partido (*“basta con decirles que se les suben las pensiones y que se les va a doblar el precio del trigo”*⁴). Sin embargo, acaba siendo ese pobre anciano, ese anciano que sobrevive en un pueblo con la única y fugaz visita del repartidor de la Coca-Cola cada medio mes, el que les demuestre que se equivocan y el que les haga reflexionar y replantearse cómo pueden pedirle el voto a alguien más preparado que ellos.

Miguel Delibes (1920-2010) fue un gran aficionado al mundo rural, concretamente al mundo rural castellano. Es por eso que la mayoría de sus novelas tienen lugar en estos característicos escenarios. Es esa temática rural la que implica que en sus novelas el famoso escritor recree costumbres y lenguajes específicos de estos lugares sobre los que se cierne la amenaza del abandono, la amenaza del olvido. Buenos ejemplos de ello son *“El camino”* (1950), que narra la vida triste de un niño en un pueblo castellano y su paso de la infancia a la juventud; o *“Las ratas”* (1962), novela construida a partir de una sucesión de anécdotas en las que rememora un pueblo desaparecido de Castilla. Se centra en la vida de Nini y el Ratero, los cuales desarrollaban su vida dentro de una cueva, y vivían a costa de la caza de ratas en el río del pueblo.

Como ya hemos visto, Delibes escribió un libro que sigue siendo muy actual, pues los temas que trata han perdurado en el tiempo hasta llegar a nuestros días, donde algunos, como el abandono del campo y, sobre todo, el feminismo, están presentes en nuestra sociedad con más fuerza si cabe de lo que los estaban tal día como hoy del año 1978. Quizá eso sea uno de los

³ Miguel Delibes, *“El disputado voto del señor Cayo”*, página 175

⁴ Miguel Delibes, *“El disputado voto del señor Cayo”*, página 72

factores por los que este libro no ha caído en el olvido, como tantos otros, que no tuvieron la misma suerte. Qué se le va a hacer. Los tiempos cambian.

Como colofón me gustaría recomendarle, estimado lector, que se lea usted “El disputado voto del señor Cayo”, de Miguel Delibes, y que saque sus propias conclusiones. En caso de que no saque nada en claro, mire el lado positivo, al menos habrá aprendido para qué sirve la flor del sauco.

Bibliografía

Miguel Delibes, “*El disputado voto del señor Cayo*”, Editorial Austral

El señor Cayo, un sabio representante rural de la Castilla serrana, Jorge Urdiales Yuste: <https://webs.ucm.es/info/especulo/numero41/srcayo.html>

<https://www.eltiempo.com>

<http://www.mansionspanish.com>

<http://www.davidferrer.net/>

Miguel Delibes, “*Las ratas*”: <http://quelibroleo.com>